

EL YO HERIDO

D. Gil; Ed. Trilce; nov. de 1995

Javier García

Siempre es grato presentar la aparición de un libro, especialmente en nuestro medio donde es tan difícil editar y tan difícil también ser autor. En este caso estamos frente a un autor que nos ofrece textos sobre temas que son motivo de su preocupación y estudio desde hace muchos años. Los trabajos que componen el libro van pautando épocas, recorridos psicoanalíticos que, como “variaciones sobre un mismo tema” van nutriéndose y atravesándose con valiosas incursiones en la literatura, la filosofía, la historia, el anecdotario personal y no menos en la práctica analítica. Esta valiosa característica del autor, junto a su don de trasmisión, me evocan en él la herencia enriquecida y hecha suya de dos psicoanalistas pioneros en este estilo: Rodolfo Agorio y Gilberto Koolhaas. Seguramente D.G. tiene muchas otras herencias valiosas, algunas testimoniadas en el libro. Como de identidades y autorías se trata el tema que nos ocupa, quería señalar este sesgo.

Hablar del “AUTOR” es difícil cuando se trata de un libro sobre el YO, que apunta justo a cuestionarse *¿quién es el autor?* En la primera línea del prólogo el autor se pregunta si este libro es un libro, Magritte mediante. Y eso tiene la escritura. Por algo es necesario escribir y no basta con hablar. “Si la sinceridad no fuera un desconocerse –dice Roland Barthes– no valdría la pena escribir, bastaría hablar. La escritura es precisamente ese espacio donde las personas de la gramática y los orígenes del discurso se mezclan, riñen, se pierden, hasta lo irrecuperable: la escritura es la verdad,

no de la persona –el autor–, sino del lenguaje. Por eso la escritura va siempre más allá de la palabra”.

Uds. saben que “AUTOR” es *el que causa algo*, del latín, y en griego “autos” es *“uno mismo”*. *¿Acaso coinciden el que causa y uno mismo?* Estamos en el terna de este libro si escuchamos en ese más allá de la palabra a otros autores y al gran Otro, la cultura, de los cuales D. G. nos muestra siempre ser heredero y trasmisor, en su pasión por todas las formas de conocimiento que bordean lo desconocido. Digamos, ese instante, ese pretil entre la luz y la sombra. En este libro uds. van a ver que esa frontera entre lo mío y lo otro, entre quién soy y mi semejante, entre el adentro y el afuera de mí mismo, entre mi cuerpo, mi imagen y mi nombre, eso que se intenta suturar con la certeza delirante “yo soy yo” o que se desgarrar en esa otra locura identitaria: “yo, no soy, yo”, eso es lo que se despliega de múltiples formas en estos textos. Oscilación entre la locura paranoica y la esquizofrénica, que abarca una zona donde se abre en abanico toda la problemática de la *“identificación primaria”* y el *“origen del YO”*, y donde la neurosis queda también incluida. Este abarcado lo veremos a través de los bebés con privación emocional total que describe Spitz, en el paciente que desea ser UNO con la madre en una fantasía de amor canibático, en “El caballero inexistente” de I. Calvino que habita en una armadura donde no hay nadie, en la anécdota de “Cachón” que enloquece al perder su imagen, en el vampiro sin sombra que no se encuentra en el espejo, en el sosías, en la gemelaridad, en fin... en Francisco que junto a su analista o a su través pudo encontrar su imagen y su sombra.

El recorrido “rayuelesco” por estas historiaídel análisis, la literatura, el pensamiento filosófico y la historia personal y universal, nos permite no solamente enfrentarnos a los *fracasos de la identificación primaria y la constitución del yo* en un sentido global, sino sobre todo, *ir pensando distintas líneas de fallas que van a su vez delatando los múltiples*

elementos en juego en esta identificación. Podemos situarnos en distintos vértices desde los distintos elementos que constituyen la estructura que se arma o no en la identificación primaria.

Lo que permite este despliegue de elementos participantes de la estructura serán *dos estallidos*. Uno es el del concepto de narcisismo entendido en su dimensión intrapsíquica, como destino libidinal, sin la inclusión del otro. Esto es, de su concepción exclusivamente económica y de sistema cerrado. El otro, el de un principio racionalista de identidad que supone además una posibilidad inmediata de reconocimiento de sí. Esto es la certeza “yo soy yo”.

La influencia de Lacan en el autor aquí es indudable, pero también el estudio de las distintas nociones de “yo”, “persona” e “individuo”, pasando entre otros por San Pablo, Kant, Locke, Descartes, Nietzsche, Hegel. Podríamos decir, de alguna forma, que D. G. le pregunta a estos pensadores ¿qué es lo que nos permite sostener que hay “yo”? Indudablemente Freud hace aquí un aporte decisivo al “descubrir” un inconciente que nos constituye y determina, limitando el campo de la conciencia y del yo consciente y también al complejizar el concepto de “yo” en su articulación con el cuerpo, la pulsión, el narcisismo, el deseo, la cultura, la realidad, etc. Pero la influencia de Lacan aquí es decisiva decíamos, porque interroga esta certeza “yo soy yo” y rompe con la identidad del “yo que enuncia”, el que designa al sujeto que habla, significante, shifter (yo-je), del “yo del enunciado”, el que se cree ser yo (yo-moi) (J. Lacan, “Subversión del sujeto”, Escritos I, p. 311). Más aun, en el Seminario II citado por D.G., Lacan dijo que lo que se expresa por “yo” (je), eso que habla, “es precisamente lo más desconocido por el campo del yo (moi). Esta perspectiva descentra al “Sujeto” (sujeto del inconciente) del “yo”, con el cual va a tener siempre una relación de extraterritorialidad. He aquí

entonces el despliegue de uno de los vértices de esta estructura: el SUJETO, diferente y siempre excéntrico al “yo”.

En el texto “Chuang Tzu Sueña” D.G. ahonda el tema del sujeto. Chuang Tzu sueña que es mariposa. Al despertar, asombrado, y lo digo a sabiendas que hablo también de sombras, no sabe si era Chuang Tzu que soñaba ser mariposa o era la mariposa que soñaba ser Chuang Tzu. ¿Dónde está aquí el SUJETO? ¿Dónde está el SUJETO cuando no hay un percipiens y un perceptum? Pues la mariposa no es un objeto del mundo mirado por Chuang Tzu. Por el contrario, el yo (moi), imagen de Chuang Tzu en el sueño, es la mariposa. Situar un SUJETO más allá de los espejismos del yo es la posibilidad de rescatarse dentro de un laberinto de espejos. Cuando Chuang Tzu se pregunta si no es la mariposa la que sueña que ella es Chuang Tzu –dice Lacan en el Seminario 11, p.84–, tiene razón, porque eso prueba que no está loco, porque no se cree idéntico a Chuang Tzu (yo soy yo) y en segundo lugar porque no sabe cuan cierto es lo que está diciendo, no hay certeza si no es a través del Otro. Pero la pregunta ¿quién es? se la puede hacer cuando está despierto y esto supone, no que él pueda responderlo y saber quién soy, sino que se supone sujeto hacedor de esa pregunta. El sujeto no usa el lenguaje como instrumento con el cual se expresa, es efecto del lenguaje. Cuando sueña no es mariposa para nadie. Cuando está despierto es Chuang Tzu para los demás.

Descentrar el sujeto del deseo del YO de conocimiento implica la imposibilidad de conocerse a sí mismo en forma inmediata, en tanto sujeto. Conocimiento que sólo es posible a través del objeto. Aquí se abre otra zona de trabajo en estos textos: *el objeto*. Destacaré el tema del CUERPO. Ese cuerpo que ya Freud definió en los orígenes del Yo, el Körper-ich, que es en el Yo proyección de la superficie corporal. Es muy interesante la distinción que hace D.G. entre Körper y Leib, donde éste último hace referencia al cuerpo viviente-deseante y Körper más inespecíficamente al

cuerpo anatómico. Esta distinción apunta a que el cuerpo es a la vez eso que somos, el cuerpo como núcleo real, núcleo primero e irreductible “que funda la posibilidad de todas las experiencias” –dice D.G. en p. 66–, pero ese cuerpo en sí-mismo no lo podemos conocer sino por su representación, siempre mediada por el otro. Es en este movimiento de representación a través del otro que el Körper se hace Leib (p.41). El cuerpo es un objeto particular porque al mismo tiempo que lo tenemos lo somos. En “El caballero inexistente” podemos ver la relación entre el cuerpo y la existencia. Agilulfo es, el Körper *es*, pero el hecho de ser no implica su existencia (humana). Es el ser como deseo lo que caracteriza la existencia humana. Agilulfo no existe, solo es, porque no tiene cuerpo-deseo y sin cuerpo-deseo –dice D.G.– no hay otro-mujer que le pueda dar certeza de existir.

Aquí se abren otros dos vértices de la estructura de la identificación primaria. Es necesario de un otro para disponer de representaciones-imágenes (imagen especular) y es necesario un gran Otro del deseo y la ley para tener certeza de existir. Esto va a aparecer muy bien trabajado en la mirada del otro. En el ejemplo de Cachón, el “loco del pueblo” que sufre una broma muy pesada del que se disfraza de Cachón y se coloca junto a él frente al espejo del bar, Cachón reivindica su imagen y cuando el otro dice: No, yo soy Cachón, pierde su imagen y enloqueciéndose se pregunta “Entonces yo ¿quién soy?”. Cachón es pura imagen, no había gran Otro que le diera existencia. Estamos en la psicosis.

Por otro lado tenemos los fenómenos de duplicación, cuando lo que falla es también el otro como semejante que tiene que estar ahí para devolver imagen. Cuando la madre no existe como prójimo (otro), el sujeto necesita constituir un otro a costa de sí, para mantener la estructura. Hay aquí todo un campo clínico para investigaren las personalidades “como sí” de H.

Deutsch, “falso self” patológico de Winnicott, personalidades narcisistas, etc.

La importancia de la MIRADA, a la que me referí anteriormente, queda trabajada en el último texto: “El lugar de la mirada”. El niño frente al espejo necesita de la otra mirada, un lugar tercero que separa al sujeto de su imagen (p.124, citando a Guy Le Gaufey), tercero que representa al gran Otro. La separación aquí es entre el yo (moi) y la imagen, lo que permite saber que es una imagen y no un doble. Vemos entonces dónde se localiza la falla en los fenómenos de duplicación.

El nombre, también desde el gran Otro, es un elemento simbólico que permite el anudamiento entre la imagen y el cuerpo (p.125). Esto queda ejemplificado en la viñeta de Francisco: el niño que encontró su imagen y su sombra luego de aparecer el nombre del Padre a través del padre de la Patria, Artigas. Francisco fue discriminando la sombra propia de la del analista, haciendo los contornos, miró los ojos del analista que lo miraban, seguramente lo miraban más allá de la imagen, y en el reflejo de los lentes encuentra su imagen.

La mirada buscada en el otro, y aquí aparece la diferencia mirar-ver: es el deseo. La mirada es acto pleno de deseo y el ser mirado un acto de reconocimiento. Lo podemos ver también en el relato de Pirandello: “Uno, ninguno, cien mil”, un tema que el autor retoma en distintos momentos del libro.

Otro aporte de este libro lo constituye un trabajo que ya es merecidamente de referencia en el ambiente psicoanalítico: “El conde Drácula: vampirismo, canibalismo e imagen especular”. Entrama conceptos que en Freud fueron tratados separadamente: el narcisismo y la identificación por un lado, y las etapas del desarrollo libidinal por el otro. A través del vampiro D.G. trabaja los deseos oral-sádicos de succión en relación con el pecho de la madre propios de esta fase libidinal, a la vez

que el deseo de incorporación-posesión-unión descrito por Freud en "Duelo y melancolía", la envidia vinculada a la mirada (Lacan), y a la voracidad oral (Abraham-Klein) y la falta de imagen especular y consistencia corpórea del vampiro. Este texto puede ser leído como un punto de partida desde donde los otros se despliegan.

Habiéndome detenido para esbozar los distintos elementos que el autor trabaja en la identificación primaria como constitutiva del yo, quiero ahora poner el acento en la propuesta conceptual de Identificación Primaria que nos ofrece D.G., trabajada por él desde hace muchos años. Pienso que hay ahí un aporte importante a la teoría y prácticas analíticas. En esta propuesta entran muchos elementos en juego, desde el cuerpo de la biología y su maduración, pasando por las fantasías del sujeto y su relación con los otros, la cultura en los padres, relación donde se juega el amor, la castración y el deseo. Y estos elementos no son pensados solo en un sentido freudiano de algo que va del niño a los objetos (se identifica con), sino que el niño, aun antes del nacimiento, "es identificado por". La identificación primaria es pensada así como la manera en que se produce la constitución del yo y esto implica la posibilidad de que alguien pueda designarse a sí mismo: "Yo".

Podríamos discutir la idea de PROCESO de constitución del Yo. En el sentido de deslindarlo de un movimiento evolutivo y/o madurativo, para ponerlo en su carácter estructural, de estructura en movimiento donde dentro y fuera quedan relativizados y donde el après-coup freudiano revitalizado por Lacan da a la Id. Primaria estatuto de actual. Pienso que esto nos permite en nuestra práctica en transferencia operar dentro de esta estructura (como lo vemos en la viñeta de Francisco), no sin dificultades por cierto, pero sí con la apuesta al posicionamiento que como analistas nos cabe en ella, para que en el decir o no decir, deseo y significante puedan tener eficacia simbólica.

Al mismo tiempo esta actualidad de la Id. Primaria nos permite verla y trabajarla con la Id. Secundaria que se *superpone* dice D.G. La idea de superposición puede implicar el riesgo de remitir a un modelo arqueológico, que no es lo que está aquí en juego, sino una “interdependencia” que, como destaca D.G. y me parece importante resaltarlo, “permitiría explicar cómo alguien neurótico en determinado momento se psicotiza (distinción entre la clínica y la estructura) así como la existencia de una parte psicótica de la personalidad (Bion), y otros problemas tales como, por ejemplo, de qué manera una alteración de la Id. Primaria va a provocar efectos en la Id. Secundaria...” (p.45). Esto ilumina la todavía oscura geografía de la zona de pacientes que no pueden ser escuchados ni como psicóticos ni como neuróticos, ampliando, en mi opinión, la estructura neurótica a la inclusión de fallas en la Id. Primaria que provoca efectos en la Id. Secundaria.

Quiero decir, finalmente, que el pensamiento psicoanalítico cruzándose, trabajándose junto con otras disciplinas del conocimiento así como con la producción literaria, no es solo cuestión de un estilo, sino una opción. “El Psicoanálisis (hoy) tiene que enfrentarse no sólo a los desafíos de una dinámica intrapsíquica compleja, sino también a la complejidad del sistema simbólico y semántico de la cultura en su totalidad”. Este libro es un aporte en este sentido.